

enero de 1962, "que hizo desaparecer las franquicias comerciales y bastante de las industriales que le había otorgado la Ley 303" por la cual el departamento de Arica se convirtió en zona aduanera liberada.

La lectura de este libro será de mucho provecho para quienes deseen conocer la historia y la realidad actual de Arica.

FIDEL ARANEDA BRAVO

<https://doi.org/10.29393/At403-31CPLM10031>

La ciudad y los perros, de MARIO VARGAS LLOSA.
Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., 1963

Con esta novela, Marios Vargas Llosa obtuvo el Premio Biblioteca Breve 1962 de la Editorial Seix Barral. Se trata de un autor peruano, joven de veintiocho años. Ya en 1958 había obtenido el Premio "Leopoldo Alas" con su libro de relatos *Los jefes* (Barcelona, 1958).

La novela a que nos referimos llegó al concurso con el título de *La morada del héroe*, que luego cambió por el de *Los impostores*. Pero finalmente se decidió por el título, con que ha sido publicada: *La ciudad y los perros*. Esta obra también fue presentada al Prix Formentor 1963, obteniendo tres votos en el escrutinio final, de un total de siete.

Llega hasta nosotros recomendada por este galardón y el prestigio de los concursos mencionados. Sin embargo, no es necesaria la recomendación a su valor intrínseco, pues se trata de una obra que se sostiene por sí sola. El Premio no ha venido sino a afirmar su condición de gran novela, y ya se le puede considerar como una de las novelas fundamentales de Hispanoamérica en la hora actual de las letras de este mundo. Tiene la virtud de la universalidad alcanzada desde lo esencial humano particularizado en el ambiente de la sociedad limeña. Para el lector extranjero, la presente edición lleva un plano de la ciudad de Lima metropolitana; así podrá seguir el movimiento narrativo en el ámbito toponímico, aunque ello no es imprescindible para la comprensión vivencial que la narración imaginativa nos transmite. Importa mucho más la consideración del hombre en tanto individuos que se nos revelan desde sí mismos por encima o por debajo de las instituciones, sean militares, pedagógicas o familiares y sus sitios geográficos correspondientes. Pero sería erróneo también desentenderse de esta localización, porque, por otra parte, ella conlleva en mucho la condición social de los personajes que vemos surgir en las páginas de esta novela. Desde tal situación prende el interés novelesco en cada relato que hace la obra.

Quizá, como estamos acostumbrados a una literatura de "denuncia" o de "toma de posición" del autor hispanoamericano, pudiéramos inclinarnos a ver en la novela de Vargas una denuncia de un determinado sistema educacional-pedagógico y social. Tal interpretación nos llevaría a disminuir la universalidad de un "gran motivo de develamiento moral", según el juicio de José M. Valverde. Se refiere a la problemática que ofrece todo ambiente cerrado bajo una disciplina rígida, y que por ello mismo da lugar a la gestación de otro tipo de disciplina de grupos más cerrados y más dura, como es el

caso concreto de "el círculo" que figura en la novela de Vargas. La acción novelesca tiene lugar en el Colegio Militar Leoncio Prado. Colegio de educación media organizado por militares y bajo disciplina militar, sin ser precisamente una escuela militar. "El círculo" es allí primeramente la configuración que toma el deseo de defensa y protección de los jóvenes muchachos que ingresan, frente a los más antiguos que quieren someterlos a una especie de jerarquía de antigüedad, autorizada por el mismo sistema disciplinario del colegio. Después, cuando es descubierto y disuelto, lo siguen constituyendo cuatro amigos, y entonces las finalidades primeras se sobrepasan en la prepotencia y el matonaje.

Sobre tal estructura argumental se van perfilando las situaciones y personajes; y en la medida que avanza el desarrollo novelesco nos vamos introduciendo en la estructura anímica de los protagonistas. Un grupo de adolescentes que, madurando en la situación central imaginada, trascienden la individualidad en el afincamiento de la persona. Así entendemos las dos partes o momentos de la narración poética.

R. M. Alberès en *La rebelión de los escritores de hoy*, al considerar la literatura contemporánea, señala dos aspectos fundamentales de la novela: la sátira de una sociedad farisaica y el sentido metafísico del hombre en el mundo. Estos mismos principios creemos ver en la obra de Vargas Llosa en el plano que señalábamos más arriba y base del desarrollo argumental.

El espíritu crítico aflora en esta novela no porque el autor se lo haya propuesto como un objetivo previo. Ello se debe al proceso mismo de la presentación y creación de ese mundo novelesco, condición de toda gran novela. Los héroes de Vargas Llosa están sometidos a un duro análisis a través del relato múltiple y personalizado de cada protagonista, y, sin embargo, concéntrico al planteamiento de fondo. Planteamiento que vemos surgir por el horadante desarrollo de los protagonistas desde el infierno, desde los infinitos círculos de sus adolescencias y de las terribles normas disciplinarias y sociales falsas, hacia la búsqueda de la verdad y la honestidad consigo mismos y sus semejantes.

El relato personal le permite al autor desalojar de la intimidad hechos y pensamientos como si se tratara de un proceso purificador de las existencias de sus personajes, y elevarlos desde allí a un plano de solidaridad efectiva, hacia la recuperación de la dignidad humana. Por aquí vemos la filiación de Vargas Llosa con el mundo literario contemporáneo. Así nos explicamos también el porqué del epígrafe de Sartre, y la descripción despiadada, brutal, de ciertas escenas realistas, que sorprenderán al lector y que tal vez le lleven a escandalizarse si no abre bien los ojos.

La novela de Vargas Llosa está construida perfectamente sobre el orden tradicional y clásico del interés. Es decir, sume al lector en el hilo novelesco y lo lleva tras el deseo de querer saber qué irá a pasar, qué hay de más. Y al conseguirlo, el lector queda satisfecho en eso de querer saber en lo que para el relato, puesto que se ha cerrado el mundo novelesco creado. En *La ciudad y los perros* pasan muchas cosas y se sugieren otras tantas que es lo que atrae al lector y lo sostienen en ese mundo de ficción. Pero no sólo

es eso. No sólo pasan muchas cosas, sino que se dicen adecuadamente. Está aquí el valor de su prosa narrativa. Una prosa que llega a ser poética en ciertos instantes. Prosa que alcanza ciertos grados de musicalidad que hace pensar en la incorporación de elementos líricos y rítmicos propios del verso. Pero éste es también un rasgo de la prosa narrativa hispanoamericana de hoy, sin querer con ello restarle originalidad, sino, por el contrario, queremos realzar este rasgo como un elemento enriquecedor de la prosa narrativa. Citamos un ejemplo de suyo evidente: "Comenzó a bailar al principio muy despacio, tratando de cumplir escrupulosamente los movimientos del vals criollo, un paso a la derecha, un paso a la izquierda, vuelta por aquí, vuelta por acá. "Ahora estás mejor, decía el Bebe, pero tienes que ir más rápido, con la música. Oye, tan-tan, tan-tan, juácate, tan-tan, tan-tan, juácate". En efecto, Alberto se sentía más suelto, más libre, dejaba de pensar en el baile y sus pies no se enredaban con los pies del Bebe" (pág. 143). Hay, sin embargo, otros instantes en que el procedimiento rítmico de esta prosa sugiere más bien un estado de ánimo, o sirve de veladura hipnótica en ciertas escenas de gran crudeza. Pero si tuviéramos que hacer un análisis detenido, veríamos una yuxtaposición y hasta una superposición de distintos hablantes sin nexos o apuntaciones, como si se copiara fielmente una conversación múltiple, distinguiendo sólo las voces, distintas. Se nos revela así un procedimiento certero en la presentación de atmósferas oscuras y hasta nauseabundas, o de situaciones conflictivas y tumultuosas en la instantaneidad de un acontecer íntimo y una realidad externa. Contraste barroco que ilumina la soledad del hombre actual en el desnudamiento de su interioridad. He aquí el siguiente pasaje ilustrador al respecto:

"Alberto gira y por tercera vez recorre el mismo sector de la avenida. Llega a la puerta del bar y entra. El ruido lo amenaza de todas direcciones, la luz lo ciega y pestañea varias veces. Consigue llegar al mostrador entre cuerpos que huelen a alcohol y a tabaco. Pide una lista de teléfonos. "Se lo estarán comiendo a poquitos, si comenzaron por los ojos que son tan blandos, ya deben estar en el cuello, ya se tragaron la nariz, las orejas, se le han metido dentro de las uñas como piques y están devorando la carne, qué banquete se deben estar dando. Debí llamar antes que empezaran a comérselo, antes que lo enterraran, antes que se muriera, antes" (...). Marca el número y escucha la llamada: un silencio, un espasmo sonoro, un silencio. Echa un vistazo alrededor. Alguien, en una esquina del bar, brinda por una mujer: otros contestan y repiten un nombre. La campanilla del teléfono sigue llamando, con intervalos idénticos. "¿Quién es?", dice una voz. Queda mudo; su garganta es un trozo de hielo. La sombra blanca que está al frente se mueve, se aproxima. "El teniente Gamboa, por favor", dice Alberto. "Whisky americano, dice la sombra, whisky de mierda. Whisky inglés, buen whisky". "Un momento, dice la voz. Voy a llamarlo" (págs. 238-239).

Tal atmósfera se va intensificando, agilizándose, contribuyendo así a una gradación del momento de la confesión del hecho que le preocupa al personaje:

“Aló”, escucha. Siente un estremecimiento y separa ligeramente el auricular de su cara. “Sí, dice el teniente Gamboa. ¿Quién es?” “Se acabó la jarama para siempre, muchachos. En adelante, hombre serio a más no poder. Y a trabajar duro para hacer dinero y tener contenta a la chola”. “¿Teniente Gamboa?”, pregunta Alberto. “Pisco de Montsierpe, afirma la sombra, mal pisco. Pisco Motocachi, buen pisco”. “Yo soy. ¿Quién habla?” “Un cadete, responde Alberto. Un cadete de quinto año”. “Viva mi chola y vivan mis amigos”. “¿Qué quiere?” “El mejor pisco del mundo, a mi entender, asegura la sombra. Pero rectifica: O uno de los mejores, señor. Pisco Motocachi”. “Su nombre”, dice Gamboa. “Tendré diez hijos. Todos hombres. Para ponerles el nombre de cada uno de mis amigos, muchachos. El mío a ninguno, sólo los nombres de ustedes”. “A Arana lo mataron, dice Alberto. Yo sé quién fue. ¿Puedo ir a su casa?” “Su nombre”, dice Gamboa. “¿Quiere usted matar a una ballena? Déle pisco Motocachi, señor”. “Cadete, Alberto Fernández, mi teniente. Primera Sección. ¿Puedo ir?” “Venga inmediatamente, dice Gamboa. Calle Bolognesi, 327. Barranco”. Alberto cuelga” (pág. 239).

La prosa de Vargas Llosa es así acuciante, tensa, de ritmo duro y fiel a veces; otras, musical y tierno. Una prosa realista, de andadura ágil, pero también agobiante. Todos estos elementos que hemos señalado hacen de la novela de Vargas una novela actual.

LUIS MUÑOZ G.